



# El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera  
(Editores)

**un**  
**i** Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
**A**

## Tras las huellas de España en el mundo: los viajes fotográficos de Valeriano Salas<sup>1</sup>

**Jacobo García Álvarez y Daniel Marías Martínez**  
Universidad Carlos III de Madrid

La presente contribución indaga en la intensa y singular experiencia viajera del bejarano Valeriano Salas Rodríguez (1898-1962). Miembro de una familia acomodada, Salas dedicó buena parte de su patrimonio personal a viajar por todo el mundo y, en 1938, fundó la *Revista Geográfica Española (RGE)*, que dirigiría hasta su muerte. Concebida fuera del mundo académico, como una revista de arte, historia y viajes orientada a un público culto, esta publicación aspiró a convertirse en una suerte de versión española del *National Geographic Magazine*, privilegiando el uso de la fotografía e impulsando la realización de expediciones, exposiciones y documentales de carácter divulgativo. Asumiendo desde su inicio determinados objetivos patrióticos y propagandísticos afines al régimen de Franco, la *RGE* participó en la promoción turística de determinadas rutas y territorios, contribuyó a la revaloración y defensa de ciertos elementos del patrimonio geográfico e histórico español, y prestó una considerable atención al conocimiento de las colonias españolas en África y, más ampliamente, de las huellas legadas por la cultura española en el mundo.

Viajero impenitente y notable fotógrafo, Salas aportó un porcentaje considerable de las miles de imágenes fotográficas publicadas en la revista, extraídas de sus propios viajes, y, en estrecha relación con ella, impulsó y dirigió el llamado Archivo Fotográfico Hispánico, creado en 1947 en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores con el propósito de recoger sistemáticamente las huellas de la historia y de la cultura españolas en el exterior. En paralelo con su labor al frente de la *RGE*, Salas consagró numerosos y largos viajes a la formación de dicho Archivo, que tuvo una vida breve y cuyos fondos permanecen, hoy por hoy, en paradero desconocido.

---

<sup>1</sup> Este texto se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Educación y el FEDER, en el cual colaboró el primero de los autores. Una versión más amplia de los resultados expuestos en este trabajo se puede encontrar en García Álvarez y Marías Martínez (2011).

El presente trabajo se compone de tres partes. En la primera se expone una semblanza biográfica de Valeriano Salas, incidiendo particularmente en los hitos más relevantes de su experiencia viajera. En la segunda se resumen los elementos principales de la concepción viajera de Salas, marcada, entre otros rasgos, por la evolución desde el viaje de aventuras al viaje eminentemente patriótico, así como por la importancia concedida a la fotografía. En la tercera se abordan, en fin, los proyectos y trabajos de Salas dirigidos a recoger y divulgar fotográficamente los testimonios de «la huella de España en el mundo», entre los que, aparte de los reportajes dedicados a las colonias españolas en África, destacan la serie monográfica publicada con este título dentro de la *RGE* y la creación del citado Archivo Fotográfico Hispánico.

## 1. Valeriano Salas. Semblanza biográfica

Valeriano Salas Rodríguez es un singular personaje de la España del siglo XX que en nuestra opinión, y salvo contadas excepciones, ha permanecido injustamente olvidado pese a la meritoria y fecunda labor que llevó a cabo en campos tan diversos como los viajes, el coleccionismo, la fotografía, el periodismo, el automovilismo y la divulgación geográfica. Sorprendente y tristemente, su nombre no figura ni en historias de dichas materias ni en enciclopedias o diccionarios especializados. Las páginas que siguen, de carácter biográfico, se basan fundamentalmente en dos obituarios (Dotor, 1962; Cabezas, 1963), así como en heterogéneas y fragmentarias fuentes hemerográficas y de archivo que hemos logrado localizar tras una ardua y a menudo infructuosa búsqueda<sup>2</sup>.

Valeriano Salas nació el 23 de enero de 1898 en la localidad de Béjar (Salamanca), donde su familia solía pasar temporadas de descanso. Fue el único hijo de Pedro Salas Fernández, natural de Béjar y vecino del municipio cacereño de Cañaveral, y Cándida Rodríguez Brunet, que falleció siendo niño Valeriano. En 1904 Valeriano y don Pedro

---

<sup>2</sup> En cuanto a las fuentes de archivo, agradecemos la amabilidad con que hemos sido atendidos tanto en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) como en el Archivo Municipal de Béjar (AMB). En el curso de la preparación de la edición de este texto, y a posteriori de la celebración del Coloquio que dio origen al mismo, ha aparecido un artículo consagrado a los viajes de Salas y su mujer (GONZÁLEZ, 2010).

marcharon a San Sebastián, donde éste se casó en segundas nupcias con Lidia Prat Brunet, prima de su primera mujer. Si el padre de Valeriano Salas era terrateniente (poseía extensas tierras de dehesa en Cañaveral) y disfrutaba por tanto de una situación acomodada, su madre y su madrastra provenían de una familia donostiarra, la de los Brunet<sup>3</sup>, extraordinariamente rica e influyente, lo que le permitió vivir desahogadamente y cultivar sus muchas aficiones.

Salas se educó en San Sebastián y Francia (ignoramos exactamente dónde y los estudios que cursó) y pasó largas temporadas de su juventud en Italia e Inglaterra, aprendiendo varias lenguas y convirtiéndose en un entendido en pintura y en música<sup>4</sup>, así como en un apasionado de los viajes, la fotografía, los toros y el coleccionismo de arte y artesanía. Muchas de estas aficiones las compartió con su mujer, María Antonia Tellechea Otamendi, de familia cubana de ascendencia vasca, residente en La Habana y que veraneaba cada año en San Sebastián, donde tuvo la oportunidad de conocerla.

Sin lugar a dudas, una de las facetas a destacar de la personalidad de Salas es la de viajero infatigable. En este sentido, en orden cronológico, hemos de destacar en primer lugar el viaje que realizó entre febrero y marzo de 1930, como participante en una competición automovilística francesa que atravesó buena parte del desierto del Sáhara<sup>5</sup>. Este viaje, que efectuó en compañía de su mujer y de un mecánico contratado personalmente, le serviría de preparación para un viaje más largo y complicado que habría de emprender muy poco tiempo después,

---

<sup>3</sup> Los Brunet fueron una importante y numerosa familia de la burguesía donostiarra, de origen barcelonés y afincada en San Sebastián desde mediados del siglo XVIII, que tuvo un activo papel tanto en política como en negocios varios (comercio marítimo, banca, transporte...), siendo principal responsable de la creación de diversas fábricas, del Banco de San Sebastián, de la Compañía del Tranvía, del Gran Casino, etc. Una muestra puede verse en el libro de Javier Sada (2002).

<sup>4</sup> Como prueba de ello, tenemos constancia de que al menos compuso las partituras de dos obras teatrales, estrenadas con éxito en el Casino de San Sebastián (La Victoria. Semanario de Béjar, nº 1436, 4-II-1922).

<sup>5</sup> La revista *L'Afrique du Nord Illustrée* dio cuenta, en varios números de 1930 (como, por ejemplo, el nº 456, de 25 de enero; el 459, de 15 de febrero; y el 464, de 22 de marzo) de los preparativos y el desarrollo de esta competición, denominada «Rallye Saharien».

concretamente el 25 de octubre de 1930<sup>6</sup>. En este segundo viaje, Salas, acompañado nuevamente por su mujer y dos mecánicos de San Sebastián (Fernando Lacoste y Juan Almandoz), se adentró, partiendo de Argelia, en el África Ecuatorial, con dos camionetas de la casa Ford, intentando emular y superar una de las expediciones más famosas de la época, el denominado «Crucero negro» (*Croisière noire*) de la Citroën, que fue acometido entre octubre de 1924 y junio de 1925<sup>7</sup>. Pese a las evidentes dificultades y a algunos contratiempos, las dos camionetas que habían emprendido el viaje regresaron a San Sebastián el 6 de abril de 1931 con sus cuatro ocupantes sanos y salvos, éxito del que se hicieron eco al día siguiente varios periódicos, especialmente los donostiarros, como *El Pueblo Vasco* y *El Día*, publicando incluso fotografías de los protagonistas.

También tratando de emular y superar las gestas de la Citroën —en este caso el denominado «Crucero amarillo» (*Croisière jaune*), que tuvo lugar entre abril de 1931 y febrero de 1932— y probablemente la expedición británica a La India realizada en 1924 bajo el mando del mayor Forbes-Leigh (Forbes-Leigh, 1925), Salas decidió emprender un viaje en automóvil desde San Sebastián a la India, de nuevo acompañado de su mujer y de un mecánico llamado Julio Lerma. Estuvieron en Marsella, Milán, Belgrado, Sofía, Constantinopla, Konia, Alepo, Damasco, Bagdad, Teherán, Chiraz, Queta, Kabul, Srinagar (donde Salas se enteró del estallido de la Guerra Civil española, lo que le movió a acelerar su regreso), Lahore, Delhi, Agra y Bombay, para regresar desde allí rumbo a Nápoles, pasando por el Canal de

---

<sup>6</sup> Los planes de este viaje fueron detallados por el periodista «Meredith» en el diario donostiarra *El Pueblo Vasco*, y recogidos en otros medios (Meredith, 1930). Sobre el «crucero negro» y otras expediciones automovilísticas de la Citroën desarrolladas en los decenios 1920 y 1930, sobre las que existe una amplia bibliografía, véanse, por ejemplo, Murray (2000), Deschamps (2001) y Audouin-Dubreuil *et al.* (2009). Entre las iniciativas españolas coetáneas a la de Salas, cabe subrayar los viajes efectuados por Nicolau Maria Rubió i Tudurí, recogidos en el libro *Sahara-Níger. Nou viatge pel desert i la selva africana*, publicado en 1932 (Nogué Y Luna, 2008).

<sup>7</sup> A tenor de las informaciones publicadas en *El Pueblo Vasco*, parece ser que Salas tenía la intención de publicar un resumen de su aventura en alguna revista extranjera, pero no hemos podido constatar que lo hiciera finalmente. No obstante, sí que hemos logrado localizar interesantes testimonios inéditos del viaje, como por ejemplo un diario de un centenar de páginas que escribió Lacoste contando sus impresiones, cuya existencia conocemos a través de uno de sus hijos; y medio centenar de fotografías que pertenecieron a Almandoz y cuya copia nos ha facilitado su hijo José Antonio.

Suez. En total, unos 20.000 km recorridos de España a la India en una camioneta Ford, saliendo el 8 de abril de 1936 y estando de vuelta a mediados del mes de agosto. En esta ocasión, un relato del viaje fue publicado por el propio Salas en los tres primeros números de la *Revista Geográfica Española*, fundada en San Sebastián por él mismo en plena contienda (abril de 1938), y a la que nos referiremos con mayor detalle más adelante<sup>8</sup>.

Durante la Guerra Civil, Salas se alineó decididamente con el llamado bando nacional, estuvo en el frente y, junto con su padre, realizó para el Ejército importantes donaciones en especie procedentes de sus posesiones extremeñas, por lo que fue condecorado con la Cruz del Mérito Militar. En 1940, trasladó su residencia desde San Sebastián a Madrid, donde continuó editando la revista con la inestimable ayuda de su Redactor Jefe, Manuel Hernández Sanjuán, con el que planificó y ejecutó nuevos viajes al continente africano, esta vez a las posesiones españolas de Ifni y Sáhara, Marruecos Español y Guinea Española, sobre cuyos resultados volveremos en el tercer apartado de este texto.

En relación con una de sus grandes aficiones, la fotografía, e íntimamente conectada con los viajes y con su intenso sentimiento patriótico, Salas plantea a comienzos de 1946 la propuesta de crear un Archivo Fotográfico en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores que recogiera «las infinitas huellas de nuestro arte y de nuestra historia que existen en el mundo entero, y muy particularmente en América» (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11). Gracias al incondicional apoyo de Enrique Valera, principal responsable de la Dirección General de Relaciones Culturales que acababa de crearse dentro del mencionado ministerio, dicha idea toma cuerpo y se materializa año y medio más tarde, siendo nombrado Salas a comienzos de junio de 1947 Jefe del Archivo Fotográfico Hispánico. Como parte de los preparativos del Archivo, Salas emprende, también junto a su mujer, un viaje a los Estados Unidos en calidad de comisionado y con el beneplácito de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid y de las correspondientes autoridades americanas. De Oeste a Oeste, y, a continuación, de Oeste a Este, atravesando Nueva York, Filadelfia, Washington, San Agustín, Miami, Tampa, Tallahassee, Nueva Orleans, Houston, San Antonio, El Paso, Santa Fe, Tucson, Los Ángeles,

---

<sup>8</sup> El relato del viaje a La India también vio la luz de forma independiente como libro (Salas, s.a.). Aunque en el interior de la obra se afirma que se trata de una reimpresión de los números 1, 2 y 3 de la *Revista Geográfica Española*, de hecho no es exactamente así, puesto que hay modificaciones en el texto —bien es cierto que de poca envergadura— y nuevos planos y grabados.

San Francisco, Lago Salado, Yellowstone, Sioux City, Chicago, Cleveland, Cataratas del Niágara, Washington recorre durante cuatro meses más de 20.000 kilómetros en automóvil, siendo atendido por el Departamento de Estado, la Biblioteca del Congreso, los Parques Nacionales, el Museo de Nuevo Méjico, los Estudios de Hollywood, etc. (Salas, 1946b).

Por desgracia, Valera fallece y el ambicioso proyecto de Salas (que pretendía realizar entre 5.000 y 6.000 clichés al año, organizar exposiciones que recorrieran diferentes países, etc.) va perdiendo fuerza, especialmente con el nombramiento de Luis García de Llera como Director General de Relaciones Culturales en junio de 1952. En cualquier caso, el 18 de julio de 1950 Salas, que también colaboró en esa época con la Oficina de Información Diplomática (a la sazón dirigida por Luis María de Lojendio, con quien le unía una buena amistad), sería condecorado por el Ministerio de Asuntos Exteriores por su labor al frente de la *RGE* y del citado Archivo Fotográfico.

A Salas también se le debe otra creación, pues de él fue la idea de fundar la Asociación Española de Amigos de los Castillos, cuya primera junta directiva estuvo compuesta, además de por el propio Salas, que desempeñó el cargo de Vicepresidente desde 1952 hasta 1960, por Ángel Dotor, asiduo colaborador de la *RGE*, el Marqués de Aycinena, buen amigo de Salas, Federico Bordejé, Antonio Prast, Eugenio Serrablo y Germán Valentín Gamazo. Esto entronca con otro de sus intereses: la defensa y la divulgación del rico patrimonio castellológico existente en nuestro país, que ya se había puesto de manifiesto en varios números monográficos de la *RGE*<sup>9</sup>. Poco antes de fallecer le fue concedida la Medalla de Plata el Día de los Castillos (26 de abril) «como testimonio de gratitud por su excelente labor asimismo en la fundación de la A.E.A.C. y en la divulgación de nuestra arquitectura militar histórica», que tuvo que recoger su viuda.

Salas falleció en Madrid el 2 de abril de 1962, debido a una rara enfermedad, probablemente contraída en un viaje a la India, que le atacó con virulencia los intestinos y acabó con él en muy poco tiempo. Sus restos descansan en el cementerio municipal de Béjar, su ciudad natal. Precisamente allí fue donde quiso donar importantes y valiosos objetos de arte con destino a un Museo Municipal, voluntad

---

<sup>9</sup> Sobre la serie de la *RGE* dedicada a Castillos de España, que alcanzó un total de doce números (la mitad de ellos publicados en vida de Salas), véase García Álvarez Y Marías Martínez (*op.cit.*).

que se encargó de materializar, con tesón, entusiasmo y dinero, y la colaboración de las autoridades municipales de la localidad, su viuda, hasta que falleció, también en Madrid, seis años más tarde, concretamente el 1 de abril de 1968<sup>10</sup>.

## 2. La concepción del viaje en Valeriano Salas: aventura, conocimiento y nacionalismo

En este apartado pretendemos, a partir de los propios testimonios de Salas, caracterizar cuál era su concepción del viaje. No obstante, antes que nada, conviene insistir nuevamente en que Salas viajó mucho a lo largo de toda su vida, y que lo hizo en unos momentos en que no era tan sencillo. Muchos de sus viajes contaron con apoyo institucional, pero otros fueron sufragados íntegramente de su propio bolsillo.

Es realmente complicado hacer una relación de todos los lugares que visitó Salas. Por supuesto, era buen conocedor de las tierras peninsulares, pero quizá lo que más destaca, por inusual, es que salió mucho del país, a menudo con estancias prolongadas durante varios meses. Sin ánimo de ser exhaustivos, y teniendo en cuenta que la mayoría de sus testimonios escritos se refieren precisamente a sus experiencias en el extranjero, nos centraremos en las mismas al objeto de destacar algunos de los aspectos más relevantes y definitorios de su manera de concebir el viaje.

Una primera faceta que sobresale en este sentido es su marcada preferencia por el viaje individual, de tipo cultural, y mediante itinerarios concebidos para ser recorridos en automóvil. El turismo planificado, antesala del turismo de masas, se evita y en algunas ocasiones se condena como una actividad superflua desde el punto de vista experiencial e intelectual. Ya desde el primer número de la *RGE*, el propio Salas manifestaba abiertamente su rechazo a las «agencias de turismo» y a las «excursiones colectivas»:

---

<sup>10</sup> La colección donada por Salas a través de su viuda se compone de variados y valiosos objetos: cuadros pertenecientes a las escuelas Flamenca, Holandesa, Alemana, Francesa y Española, esmaltes de Limoges, marfiles, miniaturas y porcelanas europeas y de Extremo Oriente, etc. así como un busto en bronce de Valeriano Salas hecho por Enrique Pérez Comendador, y un retrato al óleo del bisabuelo de Salas, Fernando Brunet Prat. En total, unas 250 piezas, que fueron valoradas en 1966 en 3.100.000 pesetas (AMB, expediente del Legado de don Valeriano Salas Rodríguez, 1964, Negociado de Hacienda, Sección 1ª).

«Los viajes tienen a mi entender un doble encanto: el de su preparación primero, y el de su consecución después. Si algo reprocho a las agencias de turismo, si odio de todo corazón las excursiones colectivas, es justamente porque lo dan todo hecho y solucionado. Nada hay imprevisto, al viajero se le priva de toda iniciativa propia: el itinerario a seguir, los hoteles, las horas de visita de los museos y los principales monumentos de las ciudades, todo, absolutamente todo, ha sido fijado de antemano con exactitud y claridad insoportables. A diario, y de esta forma, centenares de rebaños humanos pasean por el mundo bajo la vigilante custodia de sus pastores, léase guías, que repiten incansables y con el mismo sonsonete de siempre, la lección aprendida cuidadosamente en el Baedeker» (Salas, 1938: 5-6).

En el mismo sentido, y aunque sus viajes están, obviamente, condicionados por su medio de transporte preferido, Salas gusta de explorar itinerarios y rutas poco o nada transitados, lo que otorga a su experiencia un importante componente aventurero y, a menudo, audaz, arriesgado y original. No obstante lo dicho, Salas pone de manifiesto con frecuencia que sus viajes no son fruto de la improvisación, sino que, muy al contrario, implican una concienzuda planificación:

«Muchos meses de preparación, muchas cartas escritas a países lejanos pidiendo datos, y luego... semanas y semanas de espera; pero qué emoción cuando al cabo del tiempo aparecía un buen día el cartero con un certificado de Persia o Afganistán. ¡Cuántas veces estas cartas con tanta ilusión esperadas, desbarataban en un momento todos mis planes, obligándome a estudiar nuevos itinerarios!» (Salas, 1938: 5).

En ocasiones Salas recurre al viaje a lugares exóticos y apartados de la civilización occidental como vía de escape de los males propios de los llamados países desarrollados. El viaje a esos lugares, que se convierte en la mejor medicina para afrontar el estrés característico de las sociedades modernas, constituye para Salas una forma de huir y de recuperar cosas perdidas que él estima valiosas, y que aparentemente son sencillas de conseguir. Así, por ejemplo, cuenta:

«Cuando rememoro mis correrías de pasados años por África, la nostalgia se apodera de mi ánimo; me siento prisionero de la civilización, de los prejuicios que ha sabido crear en torno nuestro para complicarnos estúpidamente la vida, y no puedo menos que acordarme de aquello... Aquello es la libertad, las noches estrelladas magníficas,

el desierto sin límites, las selvas infinitas, el ‘dolce far niente’ alejado del mundo, de su vivir acelerado, de sus ciudades, de sus periódicos, de su política llena de intrigas y ambiciones...Allí, al saberse desligado de esas pesadas cadenas que nos vemos precisados a arrastrar a lo largo de nuestra existencia, se siente uno alegre y satisfecho...

He comprobado mil veces, y creo haberlo repetido en otros artículos, que sólo en aquellos lugares apartados de la civilización, es donde el ser humano debe buscar esa tranquilidad y esa paz tan necesarias para su espíritu, e imprescindibles para su felicidad» (Salas, 1939: 51).

Por ello Salas aprecia sobremanera aquellos lugares y pueblos que no han sido invadidos ni transformados por el progreso, las sociedades que todavía se mantienen «vírgenes», fieles a su esencia. En este sentido, al observar la forma de vida de una tribu nómada del Sáhara no puede evitar pronunciarse al respecto, emitiendo el siguiente juicio:

«Desde hace siglos, la vida discurre inmutable para estas gentes, sin que el correr del tiempo haya introducido en ella cambio especial alguno. Libres, sin necesidades que compliquen absurdamente su existencia y sin que nadie ose jamás pedirles cuenta de sus actos, vagabundean por el Sahara a su antojo. Sus rebaños de camellos, ovejas y cabras, les suministran ampliamente el sustento necesario, mientras sus oraciones diarias y fervorosas, en ese grandioso templo que tiene por marco la llanura sin límites, proporciona a sus almas la paz espiritual indispensable. Es difícil no sentir junto a ellos la atracción de esta vida y creemos firmemente que en nuestra ‘civilizada’ Europa, no existe felicidad comparable a la que disfrutan» (Salas, 1942)<sup>11</sup>.

Del mismo modo, juzga positivamente lo que encuentra al llegar a Afganistán:

«[...] quizá el único país del mundo en el que estalló una revolución sólo ‘porque no quería modernizarse’. [...] Con la clara intuición que caracteriza a esta raza, tal vez primitiva, pero de inteligencia privilegiada, supieron comprender a tiempo que los adelantos que les brindaban: ferrocarriles, fábricas, modernas explotaciones de minas,

---

<sup>11</sup> Adviértase que en algunas de las referencias bibliográficas y citas textuales que incluimos en este trabajo procedentes de la *RGE* no se precisa el número de página, puesto que la revista no indicó este dato de forma sistemática hasta 1950. En muchas ocasiones, incluso la fecha de publicación ha sido deducida, puesto que en la *RGE* tampoco se indicó de manera regular.

etc., si bien podían traerles riqueza, iban seguramente a hacerles perder para siempre la independencia y el placer de vivir como ellos lo entienden: sin comodidades que no necesitan pues no las conocen, pero también sin grandes preocupaciones, pues tienen la dicha de habitar en uno de los países más fértiles y ricos del mundo.

Del Afganistán de hace trescientos años al de ahora, poca diferencia existe. [...] El atraso es evidente pero en cambio ¡qué encanto y sorpresa produce en el ánimo del viajero la vida patriarcal que a diario le es dado contemplar! ¡Son tantas las enseñanzas que de ella se pueden sacar!» (Salas, 1946a).

En sus viajes a países lejanos, Salas valora sobre todo lo que considera que es original y propio de un lugar, lo que le confiere autenticidad, y se queja amargamente cuando no lo encuentra, cuando aquello es sustituido o transformado por algo que considera falso o demasiado forzado. Sus reflexiones sobre las ciudades y paisajes africanos y orientales, por ejemplo, traslucen con frecuencia una condena de aquellos cambios que, en nombre del concepto occidental de modernización, pervierten o diluyen lo que constituye, en su opinión, la «esencia» del lugar:

«Teherán [...] ha perdido casi todo su ‘cachet’ oriental, y sólo las tres magníficas puertas que de la ciudad quedan en pie nos recuerdan su pasado esplendor. No podemos menos de pensar con cierta melancolía en esas callecitas tortuosas y estrechas, pero seguramente tan típicas y llenas de poesía, que han sido derribadas para dar paso a estas anchas, pero prosaicas y absurdas avenidas rectilíneas, bordeadas de edificios de ínfima categoría, que ‘quisieran’ imitar a los de las grandes capitales y no pasan de ser en realidad más que una mala caricatura de ellos» (Salas, s.a.: 35).

«Si he de ser franco, tengo que confesar que el Desierto Sirio nos decepcionó un poco; es lo ‘menos desierto’ que darse puede. No iré hasta asegurar que se vea concurrido a todas horas como una calle céntrica de cualquier gran población, pero sí hay en él tráfico suficiente como para romper el encanto mismo de su soledad. Entre Damasco y Bagdad cruzamos innumerables caravanas de camellos y por lo menos media docena de camiones. Para mí no existe impresión más desagradable que la de ver aparecer inesperadamente entre nubes de polvo, en el horizonte de una llanura infinita, a uno de esos pesados armatostes, que viene a recordarnos de golpe y porrazo que

ni aun en pleno desierto nos podemos llegar a emancipar de la tutela que sobre nosotros ejerce la civilización» (Salas, s.a.: 27).

La narrativa viajera de Salas nos muestra también a una persona provista de una formación y una curiosidad intelectuales amplias. Aunque sus escritos de viajes centran su atención, esencialmente, en los elementos culturales de carácter histórico-artístico, también valoran los folklóricos, etnográficos y antropológicos, así como los de carácter natural y, más ampliamente, paisajístico. Algunas de sus impresiones revelan, de hecho, una notable sensibilidad por ciertos paisajes, como los desérticos y de sabana:

«Durante horas y horas —escribe, por ejemplo, al recordar su travesía por Siria— rodamos por el desierto; el recorrido era monótono y bello a la vez. Tenía esa monotonía desesperante de las grandes soledades, pero también la grandiosidad de lo inmenso. Es algo que nunca he podido explicarme: el paisaje del desierto no cansa. En mis travesías del Sáhara, por el desolado Tanezruft, la contemplación de esas llanuras infinitas no llegó a aburrirme jamás, ejerciendo sobre mí ese mismo atractivo que el mar ejerce sobre el marino» (Salas, s.a.: 12).

«No he querido —señala a propósito de uno de sus viajes africanos— despedirme del Níger sin admirarlo por última vez. En una noche de luna magnífica, lo he contemplado encaramado en la parte más alta del mausoleo de los Reyes de Gao. Los fuegos del pueblo iban desapareciendo uno a uno, mientras se apagaban también los últimos ecos de las canciones y de los tambores. Gao dormía, y en el silencio de la noche, apenas turbado de vez en cuando por el siniestro aullido de las hienas, el panorama era de una grandeza imborrable; a mis pies, cual una descomunal serpiente de plata, se extendía magnífico e impasible como siempre, el Níger, ese Níger que durante siglos, fue mudo testigo de las alegrías y de las tristezas de un pueblo que no quiere morir.» (Salas, 1939).

Un último aspecto que nos gustaría resaltar en estas consideraciones generales sobre la concepción viajera de Salas, y sobre el que volveremos más adelante, es la importancia concedida a la fotografía. Las fotografías hechas por Salas, en blanco y negro, además de numerosísimas, son de muy bella factura y de una gran calidad artística, e incluyen un variado abanico de temas, que van desde retratos y estampas de la vida cotidiana, a paisajes, monumentos y piezas de

arte. No son anecdóticas, sino una parte esencial de su actitud viajera y de su manera de dar cuenta de sus experiencias. Tanto es así, que las fotografías hechas por Salas en sus viajes sirvieron para ilustrar no sólo cuantiosos artículos publicados en la *RGE*, sino también exposiciones, conferencias o libros propios y ajenos:

«No concibo —escribió en su último artículo publicado— un viaje interesante sin obtener fotografías de aquello que valga la pena de ser recordado: tipos, paisajes, monumentos, etc... El tiempo todo lo borra poco a poco, y sólo una cinta cinematográfica o una buena fotografía pueden refrescar esa memoria que tantas veces nos falla, sobre todo cuando empezamos a sumar años» (Salas, 1962: 131).

Esa importancia atribuida por Salas a la fotografía fue una de las señas de identidad de la *RGE* desde su creación, y, unida a su hondo sentimiento patriótico, explica también sus intentos por construir un archivo fotográfico estatal que recogiera sistemáticamente y permitiera divulgar fácilmente los testimonios de «la huella de España en el mundo». Como veremos a continuación, a esta finalidad consagró buena parte de su actividad editorial y viajera, en especial entre los años 1946 y 1954, al punto de que, en determinada ocasión, llegó a referirse a sus viajes como auténticas «excursiones automovilísticas» «a la caza de fotografías y de *Huellas de España*» (Salas, 1950: 136).

### 3. Tras las huellas de España en el mundo: la *Revista Geográfica Española* y el Archivo Fotográfico Hispánico

#### 3.1. Origen y propósito de la *Revista Geográfica Española*

Como hemos analizado en detalle en otro trabajo (García Álvarez y Marías Martínez, op.cit.), la creación de la *Revista Geográfica Española*, acontecida en plena Guerra Civil, conecta directamente, aparte de con las inquietudes viajeras de su director, con la política propagandística del bando franquista. El propio Servicio Nacional de Propaganda creado por el primer gobierno de Franco en Burgos patrocinó el primer número de la revista, cuyo editorial, titulado «Nuestro propósito» e impregnado de la retórica joseantoniana, explicitaba meridianamente la conexión de la nueva publicación con los principios ideológicos de los sublevados y condensaba algunos de los objetivos, temas y

criterios que orientarían la revista a lo largo de toda su trayectoria: la vinculación entre paisaje e identidad nacional, y ligado a ella, la exaltación del paisaje como vehículo de patriotismo; la voluntad de conceder una atención prioritaria a las huellas de la proyección de España en el mundo (resumida en el concepto de hispanidad); y la importancia de las imágenes y representaciones gráficas para la comunicación eficaz e inmediata de tales ideas:

«El Servicio Nacional de Propaganda patrocina la publicación del primer número de la 'REVISTA GEOGRÁFICA ESPAÑOLA' para poner de nuevo al pueblo español en comunicación, frecuente y fervorosa, con la presencia esencial de su paisaje. La montaña, la llanura, el desierto y el río, toda la belleza y austeridad de nuestro suelo, han de tener, del mismo modo, aparición en nuestras páginas y entrañado conocimiento en nuestra palabra. (...) La presencia de la llanura castellana, por sí sola, es Historia. Intentaremos ver a España en la presencia de su suelo y en la sucesión ejemplar de su creación y su hermosura (...) Detrás de cada uno de los accidentes naturales de nuestra España, en la pobreza de la estepa, y en el fervor de la meseta, está la eterna e inmovible metafísica española. Daremos también a conocer los países y las tierras lejanas, y daremos nuestra preferencia a los que, más allá del mar, nacieron en una misma unidad de destino a la Religión y la Cultura. Revista gráfica por su propia necesidad, suplirá con el documento vivo la descripción vacía» (*RGE*, 1938, nº 1).

En efecto, tales propósitos se plasmarían de manera clara e inmediata en diferentes facetas de la revista, y muy especialmente en los llamados números extraordinarios, concebidos con carácter monográfico (por contraste con los llamados «números corrientes» o misceláneos), entre los cuales fueron especialmente importantes los monográficos de carácter turístico consagrados a países y territorios concretos (doce números), la serie dedicada a los castillos españoles (doce números) y la dedicada a «la huella de España en el mundo» (veinte números), a la que nos referiremos con más detalle a lo largo de este apartado. Las funciones propagandísticas de la revista se plasmarían también, desde un principio, en el patrocinio directo recibido por diversas instituciones del Estado franquista, empezando por el ya citado Servicio Nacional de Propaganda y siguiendo, entre otras, por la Dirección General de Marruecos y Colonias, el Ministerio de Educación Nacional, la Dirección General de Regiones Devastadas, la Dirección General del Turismo o la Dirección General de Relaciones Culturales, sobre la cual volveremos más adelante.

Pero, aparte de con objetivos propagandísticos, la *RGE* nace también con el propósito de convertirse en un referente dentro de las revistas de divulgación geográfica en el mundo hispánico. En este sentido, su modelo de inspiración fue nada más y nada menos que el *National Geographic Magazine* (en adelante *NGM*), publicación fundada en 1888 y convertida desde el primer tercio del siglo XX en la principal revista en el género de la divulgación científica de carácter geográfico a nivel mundial, sin parangón alguno en términos de difusión (Bryan, 1987; Rothenberg, 2007). Con cifras de circulación y medios editoriales muchísimo más precarios y modestos, la *RGE* trató de convertirse en cierto modo en una versión española de la célebre revista estadounidense, con la que, según informaciones publicadas en la propia *RGE*, Valeriano Salas habría colaborado antes incluso de la fundación de la *RGE* (Madrid, 1946)<sup>12</sup>.

Al lado de los objetivos ideológicos y propagandísticos ya comentados, la *RGE* se planteó en efecto como una revista de viajes (o, como durante muchos años indicó su subtítulo, como una revista de «Arte, Historia y Viajes») orientada a un público culto, aunque no prioritariamente académico. Tanto en su nómina de colaboradores como en los temas, estilo y contenido, la revista operó de hecho, casi enteramente, al margen de la geografía científica y universitaria española, desarrollada paralelamente, en el primer decenio posterior a la Guerra Civil, en torno al Instituto Juan Sebastián Elcano del CSIC, creado en 1940 (GÓMEZ, 1997). Junto a publicaciones extranjeras como el citado *NGM*, la revista británica *Geographical Magazine* (fundada en 1935, hoy día editada como *Geographical*) o la *Revista Geográfica Americana* (publicada en Argentina de 1933 a 1956) sus precedentes dentro de España deben buscarse más en algunas revistas de viajes anteriores a la Guerra Civil (como, por ejemplo, el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, publicado, salvo en el paréntesis de la Guerra Civil, entre 1893 y 1954, y la revista ilustrada *Alrededor del Mundo*, publicada entre 1899 y 1930), aunque, entre otros elementos, la *RGE* difiere sustancialmente de estas últimas en la importancia central dedicada a la fotografía, directamente conectada con una de las principales pasiones del que fuera fundador y director de la revista durante muchos años.

---

<sup>12</sup> No hemos podido corroborar este dato en los índices de la colección completa del *NGM*, aunque tenemos indicios de la existencia de fotos de Salas en el Archivo de la National Geographic Society.

Viajero incansable y notable fotógrafo, Salas aportó un porcentaje considerable de las miles de imágenes fotográficas publicadas en la revista, extraídas de sus propios viajes, e impulsó desde ella la realización de varias expediciones de carácter fotográfico fuera de la Península, así como la organización de exposiciones fotográficas y la filmación de documentales geográficos de carácter divulgativo, cuya realización se encargó a dos colaboradores habituales de la revista: Manuel Hernández Sanjuán (redactor jefe de la *RGE* durante buena parte de la etapa en que Salas fue director) y Segismundo Pérez de Pedro. Si el trabajo de estos últimos, creadores de la célebre productora Hermic Films, ha sido considerado pionero en la historia del cine documental colonial español por algunos autores (Elena, 2001; Ortín y Pereiró, 2006), la abundancia y la calidad de las fotografías publicadas en la *RGE* otorgan a esta revista, a nuestro juicio, un valor singular y no menos pionero en los inicios del fotoperiodismo de viajes en España.

### 3.2. El Archivo Fotográfico Hispánico y la serie «La huella de España en el mundo»

Dejando a un lado el tratamiento de las regiones, monumentos y paisajes de la España peninsular y del archipiélago canario en la *RGE*, que hemos tratado sintéticamente en el trabajo ya citado (García Álvarez y Marías Martínez, *op.cit.*), nuestra atención aquí se centrará en las iniciativas y trabajos de Salas dirigidos a recoger y divulgar fotográficamente los testimonios de «la huella de España en el mundo», que expresan de manera ejemplar las inquietudes que caracterizaron su experiencia viajera desde el estallido de la Guerra Civil en adelante. El objetivo, expresado en el editorial fundacional de la *RGE*, de dar «a conocer los países y las tierras lejanas», otorgando «nuestra preferencia a los que, más allá del mar, nacieron en una misma unidad de destino a la Religión y la Cultura» (*RGE*, 1938, n° 1), se plasmará fundamentalmente en dos iniciativas paralelas y en buena medida complementarias: la serie dedicada a la *RGE* titulada «La huella de España en el mundo» y la creación del Archivo Fotográfico Hispánico.

Ambas iniciativas empezaron a tomar cuerpo a comienzos del año 1946, una vez que el final de la II Guerra Mundial restableció las posibilidades de viajar de manera segura por la mayor parte de Europa y Norteamérica, aunque los objetivos que las animaron habían sido anticipados en buena medida por los números y expediciones consagrados por la revista a las colonias españolas en el Norte de

África<sup>13</sup>. En el artículo que daba cuenta del viaje efectuado en 1940 por varios miembros de la *RGE* a Ifni y al Sáhara español, Salas consideraba, por ejemplo:

«Primordial misión de la Revista Geográfica Española la de divulgar, no sólo las bellezas que encierra nuestra Patria, sino también aquellas de lejanas tierras con las que muchas veces estamos espiritualmente unidos por vínculos indisolubles, [como ocurre con] nuestras posesiones africanas de Ifni y del Sáhara español (...) cuyos moradores son hijos adoptivos nuestros» (Salas, 1941).

En otro lugar del artículo, el director de la *RGE* llegaba a afirmar incluso, asumiendo la retórica propagandística típica de algunas autoridades coloniales del régimen, que «esos pedazos de tierra española (...) pueden ser mañana los primeros jalones de un Imperio» (*ibíd.*). Idea nada inocente si tenemos en cuenta que unas páginas antes el coronel José Bermejo, a la sazón gobernador político-militar de Ifni-Sáhara, defendía abiertamente la ampliación del territorio colonial español apelando a la teoría de los «espacios vitales» nacionales (Bermejo, 1941).

Pero es sobre todo a comienzos de 1946 cuando la preocupación de Salas por estudiar y divulgar los testimonios de la proyección exterior de España se concreta en un auténtico programa de trabajo, vertebrado por los dos ejes antes apuntados: la creación de un «Archivo Fotográfico Hispánico» vinculado a la administración estatal, iniciativa

---

<sup>13</sup> Los extraordinarios dedicados en la *RGE* a las colonias españolas en el Norte de África fueron dos: el nº 10 (sobre Ifni y el Sáhara español, publicado en 1941) y el 15 (sobre el Marruecos español, 1944). Años después se publicaría también un extraordinario dedicado a la Guinea Española (nº 24, 1949). El número sobre Ifni-Sáhara español incluye el relato, ilustrado con fotografías, de la «expedición» (sic.) efectuada a estos territorios (así como a Canarias) por varios miembros de la *RGE* en los meses de marzo y abril de 1940, con una duración total de siete semanas. Dicho viaje dio pie también a la filmación de varios documentales (proyectados en salas de cine de Madrid) y a una exposición de 108 fotografías sobre «la vida, las costumbres y paisajes» de los territorios visitados, celebrada entre el 18 de julio y el 3 de agosto de 1941 en la sede central del Ministerio de Asuntos Exteriores (ver *RGE*, nº 11; y AMAE, Legajo 2101, expediente nº 30). En cuanto a los documentales de la expedición, conocemos sus títulos por la propia *RGE* (por ejemplo, *El camello en el Sahara; Ifni; Smara, ciudad santa del desierto; y Jaimas: la vida de los nómadas*), aunque, de momento, no hemos podido localizar ninguna de estas películas en los archivos de la Filmoteca Española.

cuya actividad durará pocos años, de 1946 a (al menos) 1953; y la publicación de una serie monográfica de la *RGE* sobre «las huellas de España en el mundo», que alcanzará veinte números y se prolongará de hecho, tras el fallecimiento de Salas, hasta los últimos números de la revista (*Cuadro 1*).

Numero	Año de publicación	Tema
20 y 21	1946 y 1947	Estados Unidos *
26	1950	Nápoles *
28	1950	Sicilia *
29	1951	Norte de Italia *
30	1951	Bélgica y Luxemburgo*
32 y 34	1952 y 1953	Tierra Santa *
35 y 36	1954	Cuba *
45	¿1968?	Argentina
46	¿1968?	Rusia
47	¿1969?	Chile
48	1970	Filipinas
50, 52, 54, 62 y 63	1970, ¿1972?, 1973 y 1977	Cartografía e Historia de los descubrimientos geográficos españoles
57	1974	Episodios españoles en América

*Cuadro 1. Números monográficos de la RGE pertenecientes a la serie «La huella de España en el mundo».*

*Se indican con asterisco los números coordinados por Valeriano Salas.*

Hasta donde sabemos, la historia del Archivo Fotográfico Hispánico (en adelante AFH), también conocido como Archivo Fotográfico de la Dirección General de Relaciones Culturales, o simplemente como Archivo Fotográfico de Relaciones Culturales, ha pasado totalmente desapercibida, aunque su existencia era conocida y frecuentemente citada tanto en la *RGE* como por los medios de comunicación de la época, que se referían a Valeriano Salas recordando su condición de director del mismo. Idéntico desconocimiento planea todavía hoy día sobre el destino y el contenido exacto de los fondos de este archivo: aunque la génesis y los avatares principales del AFH se pueden reconstruir a través de la documentación conservada en el Archivo del

Ministerio de Asuntos Exteriores<sup>14</sup>, el paradero de los (teóricamente) miles de negativos o clichés fotográficos que Salas obtuvo para el mismo sigue siendo un misterio, si bien podemos hacernos una idea de su contenido a través de las fotografías que fueron reproducidas y publicadas sobre la base de dichos negativos, fundamentalmente en la *RGE*. La propia cronología del AFH ofrece muchas dudas. Aunque Salas, con la colaboración de la Dirección General de Relaciones Culturales, comenzó a trabajar en la preparación del archivo en los primeros meses de 1946, su nombramiento como jefe del mismo no se produjo, como ya apuntamos, hasta junio de 1947. Y aunque los últimos documentos referidos al archivo que existen en el AMAE datan de 1952, Salas siguió siendo presentado como Jefe o Director del AFH hasta su muerte, diez años más tarde, sin que hayamos encontrado documento oficial de su cese o destitución del cargo. De hecho, más allá de la designación de Salas como Jefe del Archivo, no existe, que sepamos, ninguna disposición que creara o suprimiera explícitamente el AFH. Como veremos enseguida, lo personal y lo institucional se confunden sin solución de continuidad en la nebulosa historia de este archivo, que estuvo estrechamente ligado a la *RGE* y en el que Salas desempeñó un protagonismo prácticamente absoluto.

El AFH comenzó a gestarse en los primeros meses de 1946, a partir de una serie de conversaciones mantenidas entre el director de la *RGE* y el diplomático Enrique Valera y Ramírez de Saavedra, Marqués de Auñón y a la sazón Director General de Relaciones Culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo titular era Alberto Martín-Artajo<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Fundamentalmente, en el legajo R4410, expediente nº 11, correspondiente a la Dirección General de Relaciones Culturales. También hay documentos relativos al Archivo en el legajo R2865, expediente nº 43.

<sup>15</sup> La Dirección General de Relaciones Culturales (en adelante DGRC) se creó por la Ley de 31-XII-1945 (BOE 2-I-1946), sobre organización de los Servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores, para, según recogía el preámbulo de dicha Ley, «dar amplio cauce a la expansión de la cultura española en el extranjero y velar especialmente por el mantenimiento de los vínculos espirituales con los pueblos hermanos de América». Enrique Valera (que desde abril de 1939 era Jefe de la Sección de Relaciones Culturales del MAE, el organismo que precedió a la Dirección), estuvo al frente de la misma desde que se creó hasta su fallecimiento, en diciembre de 1947. Alberto Martín-Artajo fue ministro de Asuntos Exteriores desde julio de 1945 hasta febrero de 1957. Sobre la figura de Valera y los antecedentes y génesis de la Dirección General de Relaciones Culturales, véanse JEVENOIS (op.cit.) y DELGADO (1991, 287 y ss.), además de la nota necrológica escrita por el propio Salas en la *RGE* (SALAS, 1948).

Aprovechando la estrecha amistad personal que les unía, a mediados de enero Salas propuso a Valera, apenas unos días después de la creación de la DGRC, formar en el seno de la misma «un Archivo Fotográfico que recogiera las infinitas huellas que de nuestro arte y de nuestra historia existen en el mundo entero y muy particularmente en América», ofreciéndose personalmente para dirigirlo y organizarlo sin retribución alguna, así como a poner a disposición de la Dirección su «archivo personal de fotografías».

«A nuestro modesto entender —señalaba Salas en carta fechada el 15 de enero de 1946, dirigida a Valera y enviada desde la redacción de la *RGE*— la creación de dicho Archivo es indispensable para la buena marcha de la Dirección de Relaciones Culturales, toda vez que ello permitiría en cualquier momento la edición de libros y folletos, sobre los temas que a España pudieran interesar, con la seguridad de poderlos ilustrar espléndidamente. La creación de este Archivo supone además el que esa Dirección General pudiese contar con centenares de diapositivas indispensables para poder hacer mas amenas las conferencias que pudieran organizarse. Esto sin contar las Exposiciones Fotográficas que habrían de celebrarse y que pudieran tener extraordinaria importancia, como propaganda espiritual de España» (AMAE, legajo R4410, expediente n° 11).

En la misma carta y en otras posteriores dirigidas a Valera, Salas precisaba los medios que estimaba suficientes para poner en marcha el Archivo: aparte del material fotográfico, sugería disponer de varias habitaciones en el ministerio (una para despacho, otra para almacenar el Archivo y otra para laboratorio fotográfico); asignar un archivero y una mecanógrafa (ambos con conocimientos de inglés); y que la DGRC le costeara los gastos de desplazamiento y alojamiento vinculados a la elaboración del Archivo. Éste, insiste en varias ocasiones Salas, debe concebirse «no (como) un archivo de fotografías, sino (como) un archivo de clichés, que es lo verdaderamente interesante, puesto que ello permite sacar cuantas ampliaciones y pruebas precisen» (carta 24-IV-1946, *ibíd.*; véase también carta de 30-I-1946). Además, para demostrar el interés del proyecto, Salas propuso ofrecer como «base primera de dicho Archivo (...) los cientos de clichés que el que suscribe piensa impresionar en Estados Unidos y Cuba, todos ellos referentes al paso de España por aquellos países» (carta de 15-I-1946, *ibíd.*). En marzo de 1946 Salas escribe ya, en efecto, desde La Habana, donde se alojó en la casa familiar de su esposa; y entre comienzos de abril y finales de julio viaja por los Estados Unidos, donde, según su

testimonio, recorre en automóvil cerca de 22.000 km, deteniéndose particularmente en los estados —como Tejas, Nuevo Méjico, Arizona o California— con mayor presencia del legado colonial español. El viaje norteamericano de Salas dará pie a la publicación de dos números extraordinarios de la *RGE*, el 19 y el 20 (los primeros de la serie sobre «La huella de España en el Mundo»), para cuya elaboración Salas recabó la colaboración de diversos autores estadounidenses; a una edición en inglés de dichos números; y a más de 1.000 fotografías, parte de las cuales alimentaría, además de las publicaciones citadas, la exposición monográfica sobre «La huella de España en los Estados Unidos» celebrada en la sede central del Ministerio de Asuntos Exteriores en marzo de 1947 (Tudela, 1947).

Las cartas enviadas por Salas a Valera durante su periplo estadounidense reflejan de forma vívida el entusiasmo patriótico con que éste concebía el proyecto de AFH y la serie de la *RGE* sobre la proyección española en el mundo, en la que contaría sistemáticamente con la colaboración de autores extranjeros. Para Salas, ambas iniciativas —el archivo y la revista— podían contribuir no sólo al conocimiento de la historia del país y a la propaganda patriótica o —como señalaba en otro lugar— «espiritual» del mismo, sino que también, en un plano más diplomático, a fortalecer —mediante el inventario, exploración y divulgación de las herencias y vínculos históricos y culturales comunes— las relaciones culturales entre España y los territorios pertenecientes a su antiguo Imperio. El pensamiento de Salas participaba así de la estrategia diplomática general en que se inserta la creación de la DGRC, apostando por la acción cultural como vía para contrarrestar o reducir en parte las dificultades por las que atravesaba la política exterior española tras el final de la II Guerra Mundial, marcada por el aislamiento internacional del régimen franquista:

«De las fotos para el Archivo —escribe Salas a Valera el 24 de junio de 1946, desde la localidad californiana de San Juan Capistrano—, sólo puedo decirte que nada he escatimado para conseguir algo completo y que valga la pena. Para darte una idea, te diré que no he vacilado en internarme por pistas intransitables con el fin de obtener las fotografías de las interesantísimas inscripciones que de su paso dejaron Juan de Oñate y De Vargas, entre otros. También en un lugar perdido de Arizona pude fotografiar en un barranco unos curiosos dibujos que representan a nuestros conquistadores desfilando a caballo. Además, hasta la fecha creo haber fotografiado todas las

Misiones de alguna importancia. El viaje no es sólo de grandísimo interés, sino además de verdadera emoción. He sentido como nunca el orgullo de ser español, al ver cómo esta gente de Nuevo Méjico, Arizona, etc. venera el recuerdo de España... Estoy más convencido que nunca de que se puede llegar a hacer una labor de atracción formidable, y que la Revista y el Archivo en preparación, pueden en este caso ser la base de algo verdaderamente importante» (AMAE, legajo R4410, expediente 11; los subrayados son del original).

«He conseguido convencer, por lo menos, —señala una carta anterior, al comentar las gestiones realizadas en Washington y Nueva York para preparar su viaje y los números monográficos de la *RGE* sobre EE.UU.—, de que las buenas relaciones culturales y turísticas entre los pueblos nada tienen que ver con la política y en este sentido, y a través de mis conversaciones con personas de relieve, puedo asegurarte que las cosas de España interesan cada vez más y que existe mucha más ignorancia que fobia» (carta 14-III-1946, remitida desde La Habana; AMAE, legajo R2865, expediente 43)<sup>16</sup>.

Las impresiones de viaje publicadas en la *RGE* abundarán en ese mismo deseo de que los números de la revista «sirvan para estrechar aún más si cabe las excelentes relaciones culturales que existen entre los dos pueblos cuyo pasado está tan íntimamente ligado» (SALAS, 1946). Los referentes históricos y culturales que orientan el viaje de Salas y la admiración de éste por la preservación de sus huellas en el paisaje físico y simbólico del sur de los EE.UU. quedan también recogidos en esas impresiones:

«He querido recorrer los lugares que fueron testigos de las gestas de los Ponce de León, Coronado, Oñate, Vargas, etc., visitando además las viejas y evocadoras misiones de Tejas, Nuevo Méjico,

---

<sup>16</sup> Un papel parecido al de la política de acción cultural en el exterior cumplió, como es sabido, la política turística del decenio de 1940, bajo el protagonismo de Luis Bolín (Correyero y Cal, 2008; Pack, 2009; sobre la relación entre la *RGE* y el turismo: García Álvarez y Marías Martínez, op.cit.). Por otra parte, cabe recordar que durante el ministerio de Martín-Artajo se producirían, en efecto, algunos hitos claves en la ruptura del aislamiento internacional de la dictadura, como la firma del Concordato con la Santa Sede y de los acuerdos militares con los EE.UU., ambos en 1953, o el ingreso de España en la ONU, en 1955. En carta dirigida al director de la *RGE*, y reproducida al comienzo del nº 29, el propio Martín-Artajo se refirió a la serie sobre la huella de España en el mundo como «valiosa obra de acercamiento a las naciones amigas».

Arizona y California (...) Son millones los americanos que reconocen nuestros méritos y la importancia de la obra civilizadora que supimos llevar a cabo a fuerza de tantos heroísmos y sacrificios (...) Emociona ver cómo en aquellas regiones donde ejercimos una marcada influencia, ésta, espiritualmente, subsiste íntegra (...) En Tejas, Nuevo Méjico, Arizona y California, particularmente, el recuerdo de España llega a ser obsesionante. Todo nos habla de ella: los nombres de los pueblos, los de los ríos, los de las montañas, las inscripciones en las rocas y hasta los apellidos y nombres propios de las gentes (...) [Este viaje] para un español tiene caracteres de verdadera peregrinación» (*ibíd.*).

Aunque las cartas remitidas por Valera a Salas que se conservan en el AMAE son mucho más escuetas y contenidas en el tono, parece evidente que el entonces Director de Relaciones Culturales (quien en 1941 había apoyado ya, en su calidad de Jefe de la Sección de Asuntos Culturales del MAE, la citada exposición sobre Ifni y el Sáhara español) acogió favorablemente los proyectos e iniciativas de su amigo, pues a los pocos meses de auspiciar la exposición fotográfica sobre la huella de España en EE.UU. le nombró «Jefe del Archivo Fotográfico dependiente de esta Dirección», nombramiento comunicado a Salas mediante carta fechada el 1 de junio de 1947 (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11). Según había propuesto el propio interesado, el cargo no comportaba sueldo alguno y Salas se comprometía a ocuparse de la organización del AFH «en mis horas libres, pero estando siempre en contacto con el archivero que se designe» (carta de 24-V-1947, *ibíd.*). Al frente del AFH, Salas dedicó los meses siguientes a planear «una exposición de fotografías de monumentos y paisajes españoles» (o, según precisa más adelante, de «monumentos árabes en España»), que pretendía celebrar en El Cairo, así como la publicación de un número especial de la *RGE* sobre Egipto. Ambas iniciativas trataban de secundar de hecho otro de los ejes diplomáticos, el de las relaciones hispano-árabes, que potenciaría la DGRC bajo el ministerio de Martín-Artajo, y que daría lugar, en 1954, a la creación del Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Pero el repentino fallecimiento del Marqués de Auñón en diciembre de 1946 paralizó sine die la exposición proyectada por Salas, que, pese a los reiterados intentos de éste con posterioridad a la muerte de Valera, nunca llegaría a realizarse <sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Sí que se publicó, en cambio, un número de la *RGE* sobre Egipto (nº 43), aunque éste vería la luz en 1963, al poco de fallecer Salas, y bajo la dirección de Aurelia Alonso, responsable principal de la revista hasta su desaparición en 1977. Las fotografías de dicho número fueron también obra de Salas.

El fallecimiento de Valera dejó, de hecho, al AFH y a su artífice sin su principal valedor político dentro del MAE, al punto de que Salas se debió de sentir obligado a solicitar al nuevo Director de Relaciones Culturales, Carlos Cañal y Gómez, que le ratificara en su puesto de Jefe o Director del Archivo (carta de 19-I-1948, *ibíd.*), así como a explicar al Ministro la finalidad del mismo y sus condiciones, compromisos y proyectos de trabajo (carta 16-XII-1947, *ibíd.*). En el tercero de los puntos incluidos en esta última carta, Salas aclaraba que los negativos que se obtuvieran en el desempeño de sus tareas como Director del AFH pasarían «a ser propiedad del Archivo, aun en el caso en que por cualquier motivo, el que suscribe sea relevado de su cargo o hubiera de renunciar a él por motivos particulares» (*ibíd.*). Y en los tres puntos siguientes resumía sus planes de trabajo inmediatos en España y el extranjero:

«El Archivo deberá aumentar constantemente su colección de negativos, tanto de España como principalmente de América. Las fotografías de España (en negro y en color) se harán paulatinamente por provincias o regiones, autorizándose al abajo firmante para que en su automóvil particular se desplace a aquellos lugares de la península que tenga por conveniente, y en el momento que juzgue oportuno (...) A mi juicio, todos los años el abajo firmante debe desplazarse a alguno de los países de América por su tradición española engan especial importancia para nosotros» (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11).

Aunque los viajes que Salas proyectaba en dicha carta (a Méjico o a Perú) nunca llegarían a concretarse y las alusiones al AFH en la documentación disponible en el AMAE desaparecen prácticamente a partir de este momento, los expedientes incluidos en los legajos sobre el AFH acreditan que la colaboración entre Salas y el MAE se mantuvo algunos años más. Entre comienzos de 1948 y finales de 1953, la DGRC, al frente de la cual se sucedieron el citado Carlos Cañal, Juan Pablo de Lojendio y Luís García de Llera <sup>18</sup>, subvencionó parcialmente la publicación de varios números de la serie de la *RGE* sobre «la huella de España en el mundo», como los dedicados a Tierra Santa <sup>19</sup>, Sicilia,

---

<sup>18</sup> Cañal dirigió la DGRC entre diciembre de 1947 y febrero de 1951; Lojendio entre febrero de 1951 y abril de 1952; y García de Llera entre junio de 1952 y abril 1955 (Juvenois, *op.cit.*, 8).

<sup>19</sup> En el viaje que condujo a la elaboración de este número, Salas visitó Jerusalén, Damasco y Estambul. Durante dicho viaje llegó a entrevistarse con el rey Abdalá I de Jordania (carta de Salas a Martín-Artajo; 28-VI-1951; AMAE, legajo R4410, expediente nº 11).

Norte de Italia, Nápoles y Cuba (los dos últimos números de la serie que se publicaron en vida de Salas) <sup>20</sup>. Algunos de esos números, como había pasado ya con el dedicado a los EE.UU., se editaron también en otros idiomas distintos al castellano, traducándose a algunas de las lenguas principales de los países analizados, lo que da prueba de la voluntad de propagar y estrechar vínculos culturales con tales países de acuerdo con la estrategia diplomática señalada <sup>21</sup>. En todos los casos, Salas aportó las fotografías publicadas en la revista y costeó enteramente de su bolsillo los gastos de viaje, intentando conseguir, en vano, que el MAE asumiera parte de los mismos. Las desavenencias y discrepancias entre Salas y el citado García de Llera a cuenta de los gastos ocasionados por los números extraordinarios sobre Cuba explican, probablemente, el final de la relación de Salas con el Ministerio, y con ella, de la historia «institucional» del AFH (carta de Salas a Martín-Artajo, 18-XII-1953, *ibíd.*).

Detenerse en las dimensiones geográfica y paisajística de la *RGE* o, de manera más concreta, de las fotos de Salas y la serie sobre la huella de España en el mundo excedería el propósito de esta contribución. Junto a las consideraciones generales ya expuestas sobre la concepción viajera de Salas, sirva recordar tan sólo que la *RGE* se concibió como una revista de arte, historia y viajes y que, salvo contadas excepciones, su entendimiento de la geografía se identificó esencialmente, como era y ha sido frecuente en otras publicaciones análogas, con el conocimiento de países, regiones y lugares mediante la práctica viajera. En parecido sentido, las fotografías de paisaje fueron frecuentes, pero tuvieron, como es común también en este tipo de revistas, una intención eminentemente estética y narrativa. Algunos de los monográficos de la *RGE* dedicados a regiones y países, incluidos los correspondientes a la citada serie, contaron, no obstante, con un capítulo geográfico que solía servir de introducción a los ámbitos estudiados, y en el que, dependiendo del autor, se trataban cuestiones dispares, que van desde consideraciones de carácter geopolítico hasta descripciones más o menos sistemáticas (aunque necesariamente breves) de la evolución y las características geográficas actuales del

---

<sup>20</sup> Aunque ignoramos si recibió subvención de la DGRC, cabe mencionar también el nº 30 de la *RGE*, publicado en 1951, sobre la huella de España en Bélgica y Luxemburgo, con fotografías de Salas.

<sup>21</sup> El monográfico sobre Luxemburgo y Bélgica era bilingüe (en castellano y francés); y de los números sobre Sicilia y Nápoles se sacó una versión aparte en italiano.

«medio y el hombre», con especial atención a las huellas legadas en el paisaje por la presencia histórica española <sup>22</sup>.

## A modo de conclusión

Valeriano Salas Rodríguez es un singular personaje de la España del siglo XX que, como hemos tratado de mostrar en este trabajo, ha permanecido injustamente olvidado pese a la meritoria y fecunda labor que llevó a cabo en campos tan diversos como los viajes, el coleccionismo, la fotografía, el periodismo, el automovilismo y la divulgación geográfica. Su experiencia viajera fue intensa y, en ciertos aspectos, pionera y original en el contexto de la España de su época: viajó incesantemente desde su juventud, tanto por España como por Europa, África, América y Asia; planeó y llevó a cabo travesías automovilísticas audaces y arriesgadas por el interior de los continentes africano y asiático; y, desde fines de los años 30, se consagró con entusiasmo a la divulgación geográfica, en especial a través de la *RGE*, que fundó y dirigió durante casi un cuarto de siglo. Su pasión por los viajes aunó el gusto por la aventura con el afán de conocimiento y, a partir del estallido de la Guerra Civil, incorporó un componente fuertemente patriótico y nacionalista y se vinculó estrechamente a la propaganda ideológica del bando vencedor y de su particular concepción de España y de la identidad española, impregnada por el nacional-catolicismo.

Sus principales iniciativas en los decenios posteriores a la Guerra trataron de secundar, de forma más o menos directa, determinadas políticas del régimen de Franco, tales como las vinculadas promoción turística del país (a la que Salas consagró algunos números de la *RGE*); a la diplomacia y la acción cultural en el exterior (en la que se inscriben tanto la creación del AFH como la serie de la *RGE* analizada en este trabajo); o a la difusión y defensa del patrimonio castellológico español (a la que Salas contribuyó, además de con su revista, con la fundación de Asociación Española de Amigos de los Castillos). Por último, la biografía de esta figura y el estudio de su principal iniciativa editorial, la *RGE*, permiten arrojar luz sobre la historia del periodismo geográfico

---

<sup>22</sup> En este sentido, son reseñables las colaboraciones de Isidoro Escagüés y Javierre, miembro de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas y catedrático de geografía e historia de enseñanza secundaria, autor de tres interesantes artículos dedicados, respectivamente, a Nápoles (*RGE*, nº 26), Sicilia (*RGE*, nº 28) y el Milanésado (*RGE*, nº 29).

o de divulgación geográfica en España, y, más ampliamente, sobre la historia de la percepción de la geografía fuera del mundo académico y sobre las llamadas «geografías populares», tradicionalmente preteridas, y en muchos casos ignoradas, por la historiografía de la disciplina.

## Fuentes archivísticas y bibliografía citadas

*Afrique du Nord illustrée*: números 456 (25-I-1930), 459 (15-II-1930) y 464 (22-III-1930).

AMAE: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

AMB: Archivo Municipal de Béjar.

Audouin-Dubreil, A. *et al.* (2009), *Les croisières Citroën: 1922-1934*, Issy-les-Moulineaux, Glénat-Paris, La Société de géographie, 4 vols.

Bermejo, J. (1941), «Ecos del Sáhara», *Revista Geográfica Española*, nº 10.

Bryan, C. D. B. (1987), *The National Geographic Society: 100 years of Adventure and Discovery*, New York, Harry N. Abrams.

Cabezas, J. A. (1963), «Valeriano Salas», *Revista Geográfica Española*, nº 40, pp. 9-11.

Correyero, B. y CAL, R. (2008), *Turismo, la mayor propaganda del Estado. España: desde sus inicios hasta 1951*, Madrid, Visión Libros.

Delgado, L. (1991), *Acción cultural y política exterior. La configuración de la política cultural durante el régimen franquista (1938-1945)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

Deschamps, E. (2001), *La cuisine des croisières Citroën: la première traversée du Sahara, la croisière noire, la croisière jaune*, Boulogne, Éd. de l'Envol.

Dotor, A. (1962), [Necrológica de Valeriano Salas], *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, nº 37, pp. 127-128.

Elena, A. (2001), «Cámaras al sol. Notas sobre el documental colonial en España», en J. M. Catalá *et al.* (eds.), *Imagen, memoria y fascinación. Notas sobre el documental en España*, Madrid, Ocho y Medio, pp. 115-124.

Forbes-Leith, F.A.C. (1925), «From England to India by automobile», *National Geographic Magazine*, vol. XLVIII-2, pp.191-223.

García Álvarez, J. y Marías Martínez, D. (2011), «Geografía, viajes y periodismo en la España del franquismo: Valeriano Salas y la *Revista Geográfica Española*», *Scripta Nova. Revista*

- Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XV, nº 378.  
 Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-378.htm>
- Gómez, J. (1997), «La formación de la Escuela Española de Geografía (1940-1952). Instituciones, revistas, congresos y programas», *Ería*, nº 42, pp. 107-146.
- González, M.D. (2010) : «Los viajes de Valeriano Salas y M<sup>a</sup> Antonia Tellechea», *Revista de Estudios Bejaranos*, nº 14, pp. 59-74.
- Jevenois, P. de (coord.) (1996), *La Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, 1946-1996*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas.
- Madrid, F. de (1946), «Para emulación y ejemplo. El *National Geographic Magazine*», *Revista Geográfica Española*, nº 19.
- Meredith (1930), «Interesante aventura. Un matrimonio donostiarra atravesando el Sáhara». Artículo publicado en el diario *El Pueblo Vasco* (edición de San Sebastián) y reproducido posteriormente en el semanario *Béjar en Madrid* (8-11-1930) y en la *Revista Ford* (vol. 3, enero de 1931, 142-145).
- Murray, A. (2000), «Le tourisme Citroën au Sahara (1924-1925)», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, nº 68, pp. 95-108.
- Museo Valeriano Salas: Catalogación fotográfico-descriptiva*, Béjar, Élices Imagen, s.a.
- Nogué, J. y Luna, T. (2008): «Nicolau Maria Rubió i Tudurí: un viajero polifacético y cosmopolita», *Sociedad Geográfica Española*, nº 31, pp. 100-113.
- Ortín, P. y Pereiró, V. (2006), *Mbini: cazadores de imágenes en la Guinea colonial*, Barcelona, Altair.
- Pack, S. D. (2009), *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco*, Madrid, Turner.
- Rothenberg, T. Y. (2007), *Presenting America's World: Strategies of Innocence in National Geographic Magazine, 1888-1945*, Aldershot, Ashgate.
- Sada, J. (2002), *Historia de la ciudad de San Sebastián a través de sus personajes*, Zarautz, Alberdania.
- Salas, V. (1938), «De España a la India en automóvil (I parte – De San Sebastián a Bagdad)», *Revista Geográfica Española*, nº 1, pp. 5-24.
- (1939), «A orillas del Níger», *Revista Geográfica Española*, nº 6, pp. 51-64.
  - (1941), «La expedición de la Revista Geográfica Española a Ifni y al Sáhara español», *Revista Geográfica Española*, nº 10.
  - (1946a), «Mahmud de Ghazni destructor de ídolos», *Revista Geográfica Española*, nº 19.
  - (1946b), «Impresiones de viaje», *Revista Geográfica Española*, nº 20.

- (1948), «Enrique Valera, Marqués de Auñón», *Revista Geográfica Española*, nº 22.
  - (1950), «Un viaje a través de Sicilia», *Revista Geográfica Española*, nº 28, pp. 135-156.
  - (1962), «La India, paraíso del fotógrafo», *Revista Geográfica Española*, nº 39, pp. 131-140.
  - (s.a.): *De España a la India en automóvil*, Madrid, Revista Geográfica Española.
- Tudela, J. (1947), «La huella de España en los Estados Unidos. Exposición de fotografías de Don Valeriano Salas», *Revista de Indias*, vol. VIII, nº 27, pp. 246-271.